

Caja 905 n.º 20. V. 15
~~Caja 12 - N.º 219~~

DISCURSO

PRONUNCIADO

POR EL EXCMO. SEÑOR

D. ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO

EL DIA 25 DE NOVIEMBRE DE 1871

EN EL

ATENEEO CIENTÍFICO Y LITERARIO

DE MADRID

CON MOTIVO DE LA APERTURA DE SUS CÁTEDRAS



MADRID

IMPRESA DE LA BIBLIOTECA DE INSTRUCCION Y RECREO

Calle de Capellanes, num. 5, principal

1871



DISCURSO

PRONUNCIADO

— POR EL EXCMO. SEÑOR

D. ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO

EL DIA 25 DE NOVIEMBRE DE 1871

EN EL

ATENEO CIENTÍFICO Y LITERARIO

DE MADRID

CON MOTIVO DE LA APERTURA DE SUS CÁTEDRAS

MADRID

IMPRENTA DE LA BIBLIOTECA DE INSTRUCCION Y RECREO

Calle de Capellanes, núm. 3, principal

1871



THE JOURNAL

OF THE

ROYAL SOCIETY OF MEDICINE

AND

THE LONDON MEDICAL SOCIETY

AND

THE SOCIETY OF MEDICAL OFFICERS

OF THE ARMY AND NAVY

AND

THE SOCIETY OF MEDICAL JURISTS

AND

THE SOCIETY OF MEDICAL PRACTITIONERS

AND

THE SOCIETY OF MEDICAL STUDENTS

AND

THE SOCIETY OF MEDICAL WRITERS

AND

THE SOCIETY OF MEDICAL ARTS

AND

THE SOCIETY OF MEDICAL ENGINEERS

AND

THE SOCIETY OF MEDICAL SCIENTISTS

SEÑORES :

Muy grande es el placer que experimento al consignar por exordio de este discurso, que durante el año trascurrido desde que por primera vez abrí sus Cátedras, ha continuado siendo el Ateneo, no menos digno de sus antecedentes, que de la estimacion que hoy disfruta. Las graves preocupaciones que inspiraban un año há mis palabras, debieron ser compartidas por sus profesores y sus socios más asíduos, cuando tal y tan eficaz atencion han prestado despues, lo mismo en las Secciones que en las Cátedras, á los peculiares problemas de nuestra época; sin desatender por eso las fundamentales y serenas especulaciones que son igualmente propias de todos los siglos. Con verdad como con satisfaccion podemos decir, que se ha disertado y discutido aquí este año, sobre cuanto preocupa y cuanto entristece ó alegra ahora á la generalidad de los hombres.

Muchas de las fáciles predicciones de mi anterior Discurso, se ven ya cumplidas. Rendida está la Francia,



restaurado el imperio germánico, y aquella edad que sucedió á la intitulada Edad Media, ostentando el título de Moderna, desde el siglo xv hasta ahora, puede darse por terminada. De hoy más, las dulces costas mediterráneas, cunas de los señores y maestros del mundo antiguo, ya helénicos, ya itálicos, y que tan ámplios caminos de gloria abrieron luego á España ó Francia, del Renacimiento acá preponderantes, sustentarán sólo pueblos decaídos, quedando por largo tiempo á cargo de las del grande Océano, el Báltico y el Mar Negro, proveer de vencedores, de dominadores, de primeros personajes á la historia. Y ni siquiera, cual en los dias de Alarico, necesitan ya los hijos del Elba ó del Rhin, cambiar de patria para extender su imperio, exponiéndose á ser conquistados por los vencidos, como sus antepasados lo fueron.

Los últimos acontecimientos han dado lugar á que el organismo del género humano, bien poco diferente en su esencia, desde la formacion de los reinos y repúblicas griegas hasta ahora, experimente así en sus formas como en la distribucion de sus fuerzas, una modificacion durable y honda. Básase tal organismo en la histórica existencia de las naciones, las cuales constituyen la mayor sociedad y la más extensa familia, y la más poderosa y respetable persona jurídica, que el hombre, produzca ó cree, al propio tiempo que establecen una division geográfica y natural del inmenso trabajo humano. Dentro luego de cada nacion, aparece dicho organismo envuelto en las formas complejas y distintas que recibe la indispensable y comun institucion del Estado. Y claro es, señores, que tamañas alteraciones como todo esto

acaba de experimentar en Europa, tenían que estimular, ya que no engendrar por sí solas, cual en otras parecidas ocasiones, movimientos, tanto y más graves, en la totalidad y las profundidades del orden social. Han venido así á juntarse, por consiguiente, difícilísimos problemas sociales con las cuestiones políticas harto complicadas ya de la edad presente, acrecentando por todo extremo la confusion y la alarma.

Puestos por tierra los más de los antiguos tronos latinos, abolido el poder temporal de los Papas, desbaratado el imperio francés, y nuevamente alzado el germánico, de esperar era en verdad, que suspendiese la Providencia sus duras lecciones; y léjos de eso, las guardaba más ásperas. Pero, ¿á qué referirlas menudamente, cuando todos por igual las conocemos? Ya el año pasado anticipé aquí la idea de que la grave crisis que estaba atravesando la Europa, por causa de la guerra pendiente entre Alemania y Francia, consumaria el descrédito del sistema político que impusieron los revolucionarios de 1789 á su nación, y tomó de allí el resto de la gente latina; y por cierto que no me desmienten los hechos. Baste, no obstante, con recordar ahora, que mientras luchaban entré sí desigualmente los más fuertes de los Estados, los más belicosos de los soberanos, los más acreditados de los ejércitos de la tierra, la demagogia comunista, natural é irreconciliable enemiga de todo Estado, de toda soberanía, de todo ejército, como de cualquiera agrupacion ó fuerza disciplinada, ha logrado otra vez cambiar sus tenebrosos antros por la luz del sol, ofreciéndose á nuestra vista con más siniestro aspecto aún, que en 1848 presentara. Las huellas todavía humeantes de sus pasos

en esta nueva jornada, más son para olvidadas con horror, que no para motivar artificiosos rasgos retóricos, por lo cual, paréceme que sin más detención debo seguir adelante.

Desechad, señores, la sospecha, si contra mi voluntad, la infunden tales palabras, de que sea yo de aquellos á quienes confunda ó espanta la contemplación de los sucesos contemporáneos. No: yo no soy pesimista; que para ello sería menester que no confiase tanto cuanto confío en la intervención de la Providencia en la historia, y no siendo pesimista, de nada debo especulativamente espantarme. Para mí todo tiene en el tiempo su razón manifiesta ó latente; y todo espero que á la postre ha de servir para mejorar en esta vida la suerte de los hombres y hacerles ganar el bien eterno. Impensados, y dolorosos, y grandes son muchos de los actuales sucesos, á no dudarlo; pero la historia del humano linaje los ofrece tamaños, que nadie que á fondo la conozca, puede desesperar del porvenir, ni extremar en lo presente su espanto. Mayor que la de los sucesos es la magnitud de los problemas sociales hoy planteados y no resueltos; y como quiera que semejantes, y acaso idénticos, y tanto ó más difíciles los ha hallado ya y resuelto la especie humana, ni ellos tampoco deben poner miedo en el alma. Pero son muy costosos, engendran sobrados padecimientos y producen harto irreparables yerros los experimentos y tanteos de reforma social, encaminados á un fin quimérico, para que sea posible, ni lícito tratar de ellos friamente; y de aquí procede tan sólo la vehemencia de algunas de mis frases.

Otros hay á los cuales, no sin razón seguramente pu-

diera maravillarles, y aún espantarles cuanto pasa: y son aquellos optimistas impenitentes, que, no contentos con la certeza del progreso humano, pretenden que la aproximacion lenta y siempre distante de la perfeccion que él determina, se convierta en posesion inmediata, total, absoluta; aquellos que locamente aspiran á tocar con las manos el concepto del bien infinito, realizando aquí abajo el dogma de la salvacion en la gloria, que todas las Teodiceas contienen y enseñan; aquellos para los cuales pasaba por axiomático treinta años há, que por causa de su superior civilizacion material y del indudable crecimiento de goces con que brinda á los hombres, no conoceria más el mundo largas guerras, ni conquistas, ni formaciones ó disoluciones de Estados, ni violentas y crueles revoluciones de pueblos cultos; aquellos, por fin, que todavía soñaban, no hay muchos meses, con la armonía de todos los intereses y el bienestar universal. Para tales pensadores, si este nombre merecen, cuanto de entónces acá ha ocurrido, tiene que ser á modo de negra pesadilla; y bien pudiera causarles tambien algun remordimiento. Porque no sé si reputareis paradoja lo que voy á deciros; mas yo pienso en puridad, señores, que son los optimistas, ya que no los más malos ciertamente, sin disputa los más peligrosos de los hombres. Llenos de alegres cuanto fútiles pensamientos, y poseidos de esperanzas insustanciales, son ellos los que siembran de ordinario la inútil semilla que produce la mala yerba; ó, cuando no la siembran, la dejan crecer viciosa y lozana, y aún la favorecen con perjuicio de las útiles plantas, que realmente da Dios para el bien.

No cabe buena política, ni puede haber seguro adelanto en las ciencias morales, sin un justo concepto de la vida y de la muerte. Porque lo profesan muy errado los pesimistas, percibiendo sólo en el hombre lo malo que tiene, suelen entristecer y aún achicar la vida; mas, al cabo y al fin, no la corrompen. Los optimistas, por el contrario, falsificando la naturaleza y el objeto real de la vida, la corrompen primeramente, y, mal su grado, la llenan también luego de desengaños y, por consiguiente, de tristeza. Fácil me fuera, sin salir de la esfera abstracta y teórica, en que, por deber como por voluntad, encierro aquí mi pensamiento, determinar los errores de optimismo, que tanto agravan hoy las endémicas enfermedades del cuerpo social; mas ya que no lo consienta el principal asunto de mi Discurso, por lo ménos, he de desvanecer cuantos al paso encuentre. Que en suma, señores, ya que se deba huir cuidadosamente del impío pesimismo, por una parte, más hay que huir, por otra, si cabe, del insolente y superficial optimismo. Para quien seriamente piensa en los grandes y eternos conceptos de Dios y del hombre, del individuo y de la especie, de las naciones y de las razas, del Estado y de sus miembros, de la libertad y de la autoridad, del cuerpo físico y del alma espiritual é inteligente; para quien contempla en su admirable suma y conjunto todos estos vários é irreductibles elementos, que constante y necesariamente tienden y caminan á concertarse en el espacio y el tiempo; para quien dilata su conciencia por las regiones serenas de la verdad indagada, demostrada y elevada á científica, ni uno ni otro falso sistema de estimar la vida, puede ó

debe tener crédito alguno. Lo que importa descubrir y exponer, no es sino la realidad de las cosas, en general, y aquí especialmente, la de las cosas humanas; la cual realidad, por igual manera desmiente los optimismos que los pesimismos arbitrarios. Mejor que yo lo saben los socios de esta Corporacion ilustrada; y porque lo saben, han consagrado al estudio de la realidad en el hombre, (que es donde más perspicuamente se revela, como que es donde se siente y confiesa á sí misma), tantas de sus tareas del año último, segun demuestran los temas de sus Cursos públicos, y los de sus internas discusiones científicas.

Uno de los más importantes, entre los primeros, ha sido el de *Teodicea popular*, sin duda alguna. Nada hay, señores, que tan pronto y tan vivamente penetre en el entendimiento, si examinamos la realidad con imparcial propósito, cuanto el concepto de Dios, sólo ahuyentado de la esfera especulativa, por el rudo materialismo, ó por un idealismo, si rico en formas, hueco en sustancia. Por lo mismo, toda indagacion que busque la verdad á un tiempo en el mundo y en la conciencia del hombre; que no suprima hechos internos, ni externos; que en vez de negar á ciegas, respete, y de nuevo observe lo que á primera ó á segunda vista no comprenda, conducirá al reconocimiento de Dios necesariamente. Porque, sin Dios, distinto del mundo, no tiene explicacion racional lo más digno de explicar de la tierra, que es el hombre; aunque solamente se le considere, por el hecho de su voluntad libre, y el hecho de su razon, como el mayor de los fenómenos de la naturaleza. No tienen explicacion, nó, de otra suerte, ni

su posible desinterés de las cosas de este mundo, ni su amor al bien por el bien, ni el deber que en sí reconoce de amar y servir al prójimo, ni el imperativo principio de moralidad, que surge y se impone en su alma. Mientras el materialismo y el panteísmo no acierten á dar cuenta, sin Dios de todo esto, y á construir todo esto sin Dios, dentro ó fuera del hombre, la Teodicea será la primera de las ciencias, como hasta aquí ha sido, y el hacer popular la Teodicea, de los mayores servicios que á la confusa humanidad puedan hoy prestarse. Que es conveniente que por la razon aquí se aprenda, como por la fe se enseña en lugares más santos, que sin un Dios libre y absolutamente bueno y justo, todo sistema de moral es arbitrario ó convencional, y por tanto, variable; todo concepto de justicia relativo y, en consecuencia, revocable; toda ley, determinacion de poder, ó instrumento de fuerza, mas no sancion de verdaderos deberes; dado que deber significa dependencia de alguien y dependencia por algo, y sólo con Dios caben las deudas de la moral, y áun aquellas de derecho, que no consisten solamente en el respeto á los externos vínculos de la ley. Por la idea de Dios ha de comenzar, pues, todo verdadero positivismo, y comenzará de seguro cualquiera filosofía, que sinceramente enamorada de la realidad, no se pague de sombras, ó fantasmas; que observe más que imagine; que bien que arranque sólo de los hechos patentes ó demostrados, ni olvide ninguno de ellos, ni ménos prescinda con culpable premeditacion de los mayores. Y para mí esta evidente necesidad de Dios en la vida, basta á demostrar su existencia con igual certidumbre, que tienen todos para dar por indubitada la

ley de la atracción, desde Newton hasta ahora, por causa de que sólo ella explica satisfactoriamente el orden del sistema planetario y aún el de las moléculas terrestres.

Es, sin duda, imposible, señores, que como algunos pretenden, reemplace á Dios en sus funciones dentro del orden moral, el espíritu humano, ni aún considerado abstractamente. Porque él así y todo es contradictorio, falible, variable; y lo moral y lo justo, si una vez se admiten, por fuerza hay que admitirlos, y guardarlos, como conceptos idénticos, universales y eternos. Todavía ménos podrá sustituirse nunca con la divinización del alma en cada hombre, cual otros intentan, el concepto universal de Dios, puesto que á despecho de la teoría de lo absoluto inmanente y del optimismo panteísta, que es su inmediato engendro, la tendencia al bien, y la tendencia al mal, libran batallas continuas en el fondo de cada individuo; y lo inmaterial, lo moral, lo bello, se ven allí disputado el campo, á todas horas, por lo material, lo inmoral y lo feo, triunfando el mal, ó el bien, en unas personas mismas, alternativamente. Y si es verdad, señores, que la libertad del hombre la afirman sus propios errores, no lo es ménos que ellos afirman y prueban al tiempo mismo, la existencia de algo por separado que no puede errar, como con efecto existe y no yerra. Negar esto último, y de consiguiente á Dios, es negar la realidad de cuanto dentro de sí tiene el hombre para sobreponerse á la imperfección de su propia naturaleza, y de cuanto fuera de sí necesita para no contentarse con satisfacer sus gustos ó pasiones individuales, y ejercitar ó hacer ver, cuanto tiene de peculiar y excep-

cional entre los seres. Y en resolucion, señores: cuando en las *Lecciones de Teodicea popular*, se afirma aquí á Dios, se afirma por de contado y con eso sólo la realidad de todo el orden moral, así como al formular semejante afirmacion racionalmente, se afirma tambien la razon, es decir, el poder y la excelencia del libre espíritu del hombre. Tan grande, es, pues, el alcance de la enseñanza de la *Teodicea*, nunca quizá tan oportuna, como en los tiempos presentes.

Nadie negará tampoco que sea oportuno el tratar concienzudamente en el Ateneo, del Estado y sus relaciones con los derechos individuales y corporativos. El estudio de la naturaleza propia del Estado, la determinacion de su esencia durable, y de sus atribuciones y formas contingentes, dan hoy dia lugar á cuestiones no ménos afanosamente planteadas, que constante y profundamente debatidas. Y no hay que tornar la vista, dándonos ligeramente por hastiados, en cuestiones, de cuya diversa apreciacion en tanta parte provienen las inquietudes, los peligros, y las perturbaciones contemporáneas. Diré aquí más, aunque no sea ya la vez primera que lo digo, y es, que, á medida que la incredulidad y la duda adelanten, (mientras vayan adelantando por el mundo,) mayor será la necesidad de tal estudio, porque ha de ser tambien mayor la necesidad de dotar á la humanidad de propios organismos, con que se baste á sí misma, en cuanto es posible, durante la ausencia de lo sobrenatural, de lo trascendental, de lo extra-mundano, que nunca será completa, ni muy larga.

Dos distintos aspectos ofrece el Estado, por igual

dignos de exámen; pero que rara vez dejan de tratarse separada y parcialmente. Primero hay que mirarlo como asociacion natural, impremeditada, inevitable, perenne, que constituyen los hombres, con el objeto de poder cumplir todos sus fines legítimos, aunando y concertando sus fuerzas individuales, comunicándose reciprocamente sus ideas y sentimientos, pres-tándose, por último, constantes servicios mútuos, bien que nunca iguales, porque siempre los hace mayores ó menores, la nativa desigualdad de facultades. En segundo lugar, debe ser considerado y estudiado, como indispensable instrumento para mantener de tal modo el derecho en todo hombre, que cada uno viva en sí libremente, y libremente aporte á la asociacion humana sus fuerzas, sus ideas, sus servicios, coadyuvando á la obra comun, y obteniendo á cambio, en las comunes utilidades tanta porcion, cuanta corresponda á su capital, y merezcan sus obras. Si fueran todos los hombres por naturaleza justos y benéficos, como ordenó cierta Constitucion española, bien inútilmente, y todavía pretenden los optimistas, solamente bajo el primer aspecto, tendríamos que mirar al Estado. Y otro tanto acontecería, si aún despues de la dilatacion del espíritu del mal, por el mundo, la ley de Dios, por todos observada rigurosamente, bastase á contener la tendencia á la usurpacion y la injusticia que en todo hombre reside, hasta el punto de que ellas nunca se realizaran.

Siempre, no obstante, ofrecería dificultad en tal hipótesis la exacta determinacion de la parte del trabajo humano que toca á los individuos, por estar al alcance de

su actividad libre; y de la parte que necesitando esfuerzo colectivo, cabe, sin embargo, ejecutarla con sólo el poder de una asociación voluntaria, limitada, pasajera; y de la parte, en fin, que por su magnitud requiere el concurso de aquella asociación por excelencia, primordial, natural, histórica, que en cada limitado espacio de territorio representa una distinta nación ó Estado. Mas bien mirado este asunto, es claro, clarísimo, que por utilidad del hombre, y por su dignidad misma, todo cuanto individual ó colectivamente pueda él hacer por sí debe hacerlo, sin requerir ni obtener del Estado auxilio ninguno; y no es ménos evidente asimismo, que la determinación de los límites del individuo y del Estado, en el caso propuesto, carece de medida ó fórmula absoluta, como que depende de mil circunstancias relativas y contingentes. Fuera de esto, todo lo demás que se quiere hacer hoy motivo de contienda y de violentas revoluciones, es para mí necesario y eterno en la sociedad humana. Necesarios y eternos en ella son y serán los provechos y los males de la libre concurrencia; forzoso es y será siempre que busque su complemento en la Moral y la Religión la Economía política, si esta nueva ciencia no ha de traer mucho más daño que provecho al mundo, con su descubrimiento de las leyes matemáticamente inexorables, según las cuales se crean y reparten los productos entre los hombres.

Pero el desconocimiento de esas imperiosas leyes de la vida en los tiempos presentes, y el choque más rudo que nunca ahora entre la voluntad del hombre, despeñada como río que crece en las grandes lluvias, y los altos diques con que por la naturaleza está encauzada,

dan, si cabe, mayor importancia hoy que al aspecto social, al aspecto jurídico del Estado. Y á la verdad, si como asociacion por excelencia debe éste emplear la fuerza colectiva, de manera que obtenga el mayor beneficio posible para todos los asociados, no está ménos obligado como poder é instrumento de derecho á mantener con aquella fuerza misma á cada uno de los asociados en posesion de su parte y lugar en la tierra; mas esto que al principio parece tan claro, da ocasion precisamente á disputas sin cuento.

Por más que se haya formado sin previos pactos, desenvolviéndola en todas partes á un tiempo la historia, (lo cual demuestra que su existencia no es arbitraria, sino fatalmente derivada del orden providencial de las cosas,) imposible es sustraer esta institucion del Estado, al exámen de su propia esencia y objeto, como no se libra de tal exámen el hombre mismo, obra inmediata de Dios. Y analizado de este modo el Estado, resulta que, además de los dos distintos aspectos ya señalados, y que manifiestan su propia esencia, ofrece el fenómeno de suplir temporalmente, cuanto es indispensable y falta en la vida social. Suple, como mera asociacion, la flaqueza de los individuos y áun la de las asociaciones parciales y fortuitas; suple, como instrumento jurídico, el sentimiento de la inviolabilidad del derecho, si está ausente en el hombre; suple hasta el sentido moral, cuando individualmente lo pierde alguna generacion desventurada; suple, por último y suplirá siempre que sea preciso, los vacíos que dejen el amor al prójimo, la caridad, la piedad, en las naciones abandonadas del estímulo divino. La propia y peculiar esfera del Estado por nada de esto se

altera, en verdad, ni deja de poder ser determinada especialmente. Mas siendo, cual es, la más permanente de las instituciones del hombre y la mejor de las combinaciones de fuerzas, natural es que á su amparo éste conserve, cuanto atesora en el tiempo, libre de sus propias imprevisiones y prodigalidades en los dias de error ó de insania. Y de que sea útil y áun indispensable á las veces la intrusion del Estado en los especiales dominios de la actividad individual, de la Religion y de la Moral, no se deduce, por cierto, que obre dentro en ello de los justos límites del Estado mismo. Léjos de eso es lo propio de la Religion y la Moral y lo propio de la actividad humana, el vivir y florecer en esferas independientes del Estado; como que éste no es más que la representacion colectiva del hombre activo, y religioso, y moral, y sólo en cuanto se atiende á los deberes de tal representacion se halla dentro de su legítima esfera. Al Estado, en suma, perpétuo mayor de edad en la vida, le está por eso mismo confiada bien sea por la Providencia, como yo pienso, bien sea por la ciega necesidad de las cosas, segun pretenden muchos, nó la tutoria de las personas individuales, mas su curatela sí, por tal manera, que aunque carezca de derecho para oprimir ó limitar la legítima libertad de ellas, siempre tendrá de grado ó por fuerza la autoridad que baste para conservarlas en posesion de los bienes valiosos que heredan de sus antepasados, ó inmediata y gratuitamente reciben de Dios.

Bien conozco, señores, que me he extendido en estos puntos mucho más que conviene á mi propósito; y sólo espero, que me lo perdoneis, porque tal extravío

es hijo de nuestras preocupaciones comunes. Han adquirido, por otra parte, tamaña importancia práctica los problemas del orden social hoy en día, que cualquiera que sea la atención que se les preste, ántes ha de pecar de insuficiente que de sobrada.

No satisfacen ya, según sabeis, á la escuela igualitaria de estos tiempos, el derecho comun y la democracia, es decir, la libre concurrencia, en todos los países latinos establecida ya, para disputar y obtener imperio, honores y bienes de fortuna. No les basta á los novísimos reformadores con que ya no se herede en muchas partes el poder público, ni tampoco se hereden las funciones, las dignidades y los altos lugares del mundo, sino que aspiran á destruir el medio orgánico de la continuidad social, y el único vínculo que reste entre las generaciones sucesivas, para mantener la completa solidaridad humana al través de los siglos; el único, digo, y siempre el más indispensable, que es la herencia individual de la tierra. Mal defiende á la herencia y á la propiedad misma esa escuela política y económica que, contentándose con que la humanidad viva al día, va paulatinamente desterrando del mundo el antiguo y fecundo principio de continuidad ó sucesion, que ántes informaba todo el orden social. En lo económico, apenas ha producido otro argumento importante dicha escuela, que aquel conocido sofisma de Bastiat, tan enemigo de los ajenos sofismas, por medio del cual intentó demostrar vanamente, que el dominio y posesion individual de la tierra la dejaban tan libre, tan inagotable y tan por igual á la mano de todos, como están los inapreciables agentes naturales, que se llaman luz ó aire.

La propiedad de la tierra, que en virtud de la herencia prolonga más allá del sepulcro la familia, y con la familia la patria, y con la patria el orden social todo entero, no puede explicarse ni defenderse por nada actual y pasajero, sino que hay que derivarla por fuerza de lo que es permanente en la vida. Ni la propiedad individual, ni la familia misma, serian ciertamente indispensables para una limitada vida de hombre: donde lo son con evidencia, es en la sucesion y proceso de la historia.

Sin elevar, pues, el principio de continuidad y sucesion á ley fundamental humana, nada se explica satisfactoriamente en el orden civil, y mucho deja de explicarse bien asimismo en el orden político. Con él, por el contrario, hallan al punto razon suficiente la propiedad, y la familia y la patria; y áun aquella forma del poder político, que en mi opinion lleva á todas ventajas, que es la hereditaria, la monarquía.

Pesando está por desgracia contra esta suprema ley el sentido general de las revoluciones modernas. Reina al presente el deseo egoista de organizar la sociedad para el solo uso y provecho de las presentes generaciones; y como la natural consecuencia de tal deseo es la urgencia en su cumplimiento, no sea que impida éste la muerte, pídese luego al Estado, ó al poder colectivo, que inmediatamente realice la igualdad de condiciones, ó lo que es lo mismo, la abolicion de la desigualdad orgánica, con que produce Dios los individuos. Liquidacion social, colectivismo, mutualismo, todo ello significa unas cosas mismas, á saber, el desprecio de lo pasado, y el de lo futuro, así dentro como fuera de este mundo; y la rebelion

contra la naturaleza, de los que se juzgan desfavorecidos en el misterioso reparto vital de las actividades y capacidades humanas. ¿Y qué le importa al misántropo secretario de la nueva demagogia que sólo contase la Europa setenta millones de habitantes en el siglo xvi, cuando hoy cuenta doscientos setenta; que sin ir más atrás de nuestro siglo, haya pasado Inglaterra de tener diez y seis ó diez y ocho millones de almas á tener treinta y dos y Francia de veinticuatro á treinta y ocho; que los Estados-Unidos cuenten de cuatro á treinta, desde su independencia hasta ahora? ¿Qué le importa que la duracion média de la vida humana se haya aumentado considerablemente de tres siglos acá, y sólo durante el nuestro en más de una sétima parte de tiempo (1)? Todo eso demuestra ciertamente un inmenso crecimiento de bienes en la especie humana; ¿mas cómo, ni por qué ha de estimarlo el hombre; que no se juzga obligado á nada por sus antepasados, ni entiende que tenga él obligacion de obrar para sus descendientes? Para quien tiene encerrado su pensamiento en la cárcel estrecha y ahogada de los años de una vida natural; para quien nada ve ni sospecha, fuera de la vida, ni ama en ella sino lo que sus sentidos tocan y gozan; para quien no cree en la legitimidad del principio de sucesion, ni en la inmortalidad del alma, ni en la existencia de otro mundo mejor, toda ciencia es muda. Ni la historia ni la economía política, ni el

(1) Con las cifras aquí expuestas pretende, entre otros, convencer á los comunistas del actual progreso y la injusticia de sus quejas, Mr. H. Dameth, en su folleto intitulado *La Question Sociale*, — impreso en 1871. Mr. Dameth es un distinguido profesor de Economía política de la Academia de Ginebra.

derecho público desvanecerán sus errores sociales jamás.

Y en realidad, señores, ¿qué es tampoco lo que tiene que alegar la ciencia sin Dios, la ciencia que estima la humanidad al día, contra la fórmula general de tales errores, que es el comunismo? ¿Por ventura no reconocen los economistas más graves, de acuerdo en esto con los moralistas sagrados, el derecho á la vida, ó sea á la subsistencia, que más ó ménos frecuentemente, niega á las veces al hombre, la inexorable combinacion de los hechos industriales y comerciales? ¿Por ventura no reconocen la psicología y la fisiología, aunque con desigual desarrollo, idénticos elementos de pensamiento y de accion entre los hombres, y fenómenos de voluntad, ó sean deseos y pasiones, en todos ellos semejantes, é igualmente reales y enérgicos en el estado de miseria que en la abundancia ó la riqueza? Y cuando las puras necesidades de todos pudieran satisfacerse, ¿quién habria de poder tambien contentar la envidia, la ambicion, la avaricia de todos? ¡Ah! no, señores; confesémoslo altamente: ninguno de los problemas tremendos y actualmente prácticos, por desgracia, que examino, puede resolverse empíricamente. Harto lo demostró ya, y sirva á muchos de ejemplo, el célebre Conde de Cavour, al tratar precisamente de las ideas comunistas y los medios de combatirlas. Dice él, por una parte, que la refutacion seria y científica de las utopias que halagan ciertas pasiones humanas, ó nunca será escuchada por las muchedumbres, ó la desdeñarán soberanamente, aunque la escuchen; y limitase por otra á proponer, como remedio, que, sin perjuicio de difundir hasta donde sea posible y no más, las bue-

nas doctrinas, se atiende sobre todo á propagar los sentimientos de mútua benevolencia entre los hombres, y entre los ricos y los pobres especialmente (1). ¡Triste y desengañado remedio á la verdad, para tan docto economista y encarecido político!

Mas no hay que extrañarlo, señores, porque ninguna ciencia hará inviolable la propiedad y la familia, como ya he dicho, prescindiendo primero de la religion, y contentándose luego con una impotente apariencia de Estado. Por eso es por lo que me he detenido tanto á tratar aquí de Dios y del Estado; por eso es por lo que no vacilo en decir ahora con el convencimiento más leal y más hondo, que el órden social podria desde ahora darse por destruido, un poco ántes ó un poco despues, reemplazándolo en lo venidero un género de barbárie, todavía no enteramente ensayado en la historia, si fuera imposible que entre todos acertásemos á restablecer, tarde ó temprano, cierto número de verdades fundamentales; que podemos tambien llamar verdades-madres, puesto que llevan en su seno la vida moral del hombre. Como ellas hubieran realmente muerto, ó pudieran morir, bien pronto éste, destituido de sér moral, justificaria, sin duda alguna, las más atrevidas hipótesis de esos zoólogos ingénuos que disputan ya á moralistas y metafísicos el conocimiento y la direccion de la historia.

Y las verdades-madres preciso es buscarlas en la Teodicea y en el estudio real de la asociacion humana,

(1) *Ouvrages politiques et économiques, par le Comte Camille Benso de Cavour. — Coni—1855. — Des idées communistes et des moyens d'en combattre le développement.*

orgánicamente representada por el Estado; el cual, como es harto más fácil de restaurar que la fe donde una vez falta, parece hoy destinado á quedar por última áncora de las naciones náufragas. Obedeciendo, si no á sus normales y naturales y concretas funciones, á la ley suprema de la salud, que basta el instinto para enseñar á todos los séres vivientes, el Estado tendrá que salvar á la larga á los individuos; ó para decirlo con más exactitud, los individuos mismos buscarán desalados y ciegos su salvacion en el Estado, cuando ya les falte el aliento para seguir nadando en el mar de la anarquía. Ora informe al Estado en su espíritu la teoría de Sthal, fundada en la soberanía divina, realizada por la historia, segun la cual se atribuye sentido ético, absoluto y sustancial á la monarquía, no carácter utilitario y puramente formal; ora sea la que lo informe la novísima doctrina de Frantz, que, juzgando ineficaz y vano el misticismo de Sthal, tan sólo porque no ha bastado á estorbar la reciente política revolucionaria de la Prusia, pretende sustituirla con otra exclusivamente fundada ya en observaciones y leyes naturales; ora sea la que lo informé, por fin, el conocido y vulgarizado sistema de Ahrens, dentro del cual fija límites confusos, y ocasionados á todo error el humano bien necesario al derecho libre; lo que acaso hoy más le importa al mundo es que viva el Estado robusta vida. Porque mientras esto acontezca, señores, será posible al ménos esperar mejores dias, en que renovando la humanidad su fe y rejuveneciendo su espíritu, tome otra vez y siga segura el triunfal camino, en que parece que hoy quiere hacer alto.

Y siendo tal y tan grande el lugar que ocupa y debe ocupar el Estado entre las cosas humanas, ¿cuán natural no es, que nos importen mucho todavía las varias formas que recibe, de las que puede, en tanto grado, depender su eficacia? Así como en los siglos medios por donde quiera constituían el organismo del Estado, una monarquía débil y limitada, una indisciplinada y poderosa oligarquía, y unos municipios alternativamente serviles ó anárquicos, cardinales elementos que en union con la Iglesia formaron los Estados generales, Parlamentos ó Córtes de reinos de aquel tiempo; y así como desde la Reforma hasta la primera revolucion francesa, resumieron casi en todas partes los monarcas el poder y la representacion del Estado, tiene hoy ya éste, por ordinaria construccion la monarquía constitucional: sistema de gobierno con más ó ménos fortuna imitado del que rigió mucho tiempo excepcionalmente á la nacion inglesa. Forzoso, es, por lo mismo, que todas las naciones fijen ahora la vista, no sin envidia frecuente, en la historia de aquellos hechos, mediante los cuales ha adquirido en Inglaterra el Estado organizacion capaz de servir de modelo. De estas naciones imitadoras de Inglaterra, y no de las más felices, despues de medio siglo de ensayos, es la española; y mientras más difíciles sean para ella las circunstancias, con mayor empeño ha de estudiar naturalmente, los documentos y lecciones de la comun maestra. Pero semejante estudio, pecaria de incompleto, á no dardarlo, si á la par que los orígenes del régimen constitucional y parlamentario en Inglaterra, que es como decir en su propia fuente, no se hubieran indagado y explicado



tambien la forma y método con que desde el principio hubo que aplicarlo en nuestra patria. Por dicha, así lo uno como lo otro, se ha comenzado á ejecutar cumplidamente; y nada tengo que decir de la curiosidad y el afán que las lecciones sobre la *Libertad política en Inglaterra*, y sobre la *Historia política de España de 1820 á 1823*, han despertado en el Ateneo y en el público.

Permitidme, señores, que me pare aún á tratar con algun espacio de Inglaterra, pues bien lo merece. Si hubiera de conservar ella perpétuamente el estado social y político, que hoy alcanza, con sus lunares y todo, no hay duda que debería ser reputado su sistema, no ya por el mejor de los que al presente se practican, sino por dechado y arquetipo de gobiernos humanos. Todas cuantas calidades la atribuian los tratadistas teóricos de los últimos años del pasado, y primeros del presente siglo, con ménos exactitud que entusiasmo, poséelas ya hoy realmente la Constitucion británica. No era verdad todavía, cuando acá en el Continente se nos daba ya por cierto, que gozaran los ingleses de verdadera libertad de imprenta, ni de sincera tolerancia religiosa; ni lo era que contuviesen sus Cámaras la representacion genuina de la nacion; ni lo era que sus Príncipes se contentasen con reinar sin gobernar, realizando así el ideal tipo de los monarcas constitucionales. Hoy es cuando todo eso es pura verdad en Inglaterra; mas sólo Dios sabe, si lo será por mucho tiempo.

Era la Inglaterra muy poco desemejante, en su constitucion de los siglos medios, á las demás grandes naciones continentales; pero al cabo fué más afortunada que ninguna: parte porque encerrada en sí misma, no ofre-

ció nunca á sus poderosos terratenientes el porvenir de externas grandezas que, por ejemplo, les abrió España en Italia ó Flandes, apartando su atencion de las cosas interiores; parte, porque no llegó á haber allí dias sangrientos como los de Villalar, que abriesen profundo y perpétuo abismo entre el interés de los caballeros y el interés popular ó de los concejos; parte, por razones de temperamento y de raza que estoy yo, como sabeis, muy léjos de tener en poco, aunque no las considere suficientes para explicarlo todo en la historia. Lo cierto es que aquella nacion poseyó en gran parte la libertad política, cuando ya las otras naciones no la sospechaban siquiera; y que es al presente como el emporio de la civilizacion considerada bajo sus mejores aspectos y sus más apacibles formas. Debiera, cual ya he indicado, hacer alto donde está hoy la Inglaterra, porque es imposible que mejore su bienestar y aumente en realidad su fortuna; pero no puede, ántes bien, arrastrada, á pesar suyo, por la corriente general de la especie humana, camina más ó ménos rápidamente, como caminamos todos hácia la region tenebrosa de lo desconocido. No hay publicista inglés que no presienta que el actual equilibrio de su constitucion es insostenible, y la bienandanza de su nobilísima patria, transitoria; y con efecto, los síntomas de descomposicion próxima, saltan ya á la vista por todas partes.

La república disfrazada que allí se llama monarquía, propende sin duda alguna, á quitarse la máscara; y hora por hora pierde tambien allí terreno y fuerza la oligarquía, mas bien que nobiliaria, propietaria, que ha dado por dos siglos tan firme asiento al poder

público. Livianamente arrollada y aún insultada ya ésta, en su representación más alta, por el poder del *gabinete*, véase á la par crecientemente combatida por la imprevisora democracia industrial y comercial, que imagina marchar en todas partes hácia la libertad absoluta, siendo así que donde se dirige á ajigantados pasos, es al comunismo, en los propios sofismas de ella emboscado.

Y tened en cuenta, señores, que si hemos de creer á uno de los más modernos, y para mí, de los más profundos publicistas ingleses (4), la monarquía es todavía en la Gran Bretaña un poder moderador y respetado, porque en gran manera participa del carácter religioso que fácilmente toman las cosas antiguas; y que si las masas del pueblo se creen allí en conciencia obligadas á obedecer á la Reina, apenas tienen idea de que igual obligación las ligue con las leyes, por sí solas, y privadas de la protección real. Por una de esas faltas de lógica que hacen la desesperación de los filósofos, y suelen hacer con eso y todo la felicidad de los pueblos, la inmensa mayoría de los súbditos ingleses imagina que sus Reyes reinan por la gracia de Dios, y que la religión les manda acatarlos, sin acordarse poco ni mucho del acto ó auto del Parlamento del año sexto de la Reina Ana, al cual debe su trono la actual dinastía. A este elemento espiritual de gobierno, reúne la monarquía inglesa un grande elemento material de influencia, que consiste en que el Rey es el jefe natural de la aris-

(1) La *Constitution anglaise*, por W. Bagehot: París 1869.— Traducción de una obra novísima, dedicada por el autor mismo al público francés.

tocracia; y la aristocracia posee todavía dos medios eficacísimos, é intrasplantables de predominio sobre el pueblo. Consiste el primero en el estado de la propiedad, aglomerada, sustituible ó vinculada, difícilísimamente trasmisible, y por consecuencia, permanente y verdaderamente orgánica, dentro de aquel orden político; y el segundo en el sistema de las funciones gratuitas, que entrega la justicia en su generalidad, y casi toda la administración pública á los ricos, dividiendo con recíproca ventaja material y aún moral á la gran mayoría de los ciudadanos ingleses, en dos clases bien definidas, la gobernante y la gobernada. Con tales condiciones en la monarquía y en la aristocracia, que no sin razón pudiera más bien llamarse plutocracia inglesa; y con los otros eficacísimos medios de influencia que, sin hablar de la ley de pobres, dan á nobles y ricos los grandes sobranes de rentas que el estado de prosperidad del país les proporciona, pudieran allí aplazarse mucho todavía los temerosos conflictos que ya en otras partes promueven los deseos imposibles del proletariado actual.

Pero la marea del sufragio sube, y sube, en Inglaterra también constantemente. Y el día en que de verdad cambie el poder de manos, pasando por completo de las de los ricos á las de los que nada poseen; el día en que la envidiable excepción que donde quiera constituye la riqueza no esté mantenida por una fuerza política igualmente excepcional y predominante, en el organismo constitucional, proporcionada á la importancia de la excepción misma y á la intensidad de la envidia que ya en el proletariado excita; el día en que poniéndose de moda la retribucion de los cargos públicos, deje de haber, cual hay

ahora, con consentimiento comun y utilidad general, segun he dicho, una clase gobernada y otra gobernante, por heredada y adquirida sabiduría previsorá, prudente, conservadora; el día, por fin, en que la especie de superstición monárquica que tanto ayuda allí todavía á la espontánea obediencia, se desvanezca ó considerablemente se aminore, por el creciente y maléfico contagio de las ideas continentales, la Inglaterra pasará tambien amargas horas, como las ha pasado otras veces. Porque las razas, señores, producen distintas aptitudes é inclinaciones sin duda; pero ni la diferencia de aptitud, ni la de inclinacion entre los hombres pasan de cierto límite, por lo cual son todos los hombres capaces de unas cosas mismas, ántes ó despues, y en mayor ó menor grado. Tan verdad es esto, que la Inglaterra del siglo xvii, teatro de una gran perturbacion religiosa, social y política, ofrece muy grandes semejanzas en cosas y en hombres, no sólo con la Francia de 1789 á 1793, sino áun con la España de 1820 á 1823; bien que la revolucion fuera entre nosotros mas mansa, y por consiguiente, ménos trágica y más cómica que las dos que le sirvieron de precedentes. Cómica revolucion llamo á la española, porque, como aquí se ha expuesto ingeniosa y doctamente, careció en todo de vigor y grandeza; no porque dejase de costar abundante sangre y llanto á los honrados é inespertos varones que la iniciaron. Y no os admire, señores, que con sólo estas palabras, pase adelante y no me pare á analizarla, ni ménos á juzgarla, concretamente; pues el tiempo me falta, de una parte, y; de otra, estoy siendo yo ahora sobrado actor en la política práctica de España, para que no convenga al

Ateneo que la deje aquí á un lado, hasta en sus raíces, ó precedentes históricos.

Fuera larguísima tarea, impropia é irrealizable en un discurso, la de exponer con algún detenimiento la respectiva importancia de todos y cada uno de los cursos seguidos, durante el último invierno. Al hacerme cargo más singularmente de algunos, no he entendido en verdad preferirlos á otros, ni en importancia absoluta, ni mucho menos en mérito. Si todos no lo han tenido igual, (porque la igualdad es esencialmente imposible entre los hombres, y entre sus obras;) honran todos ellos al Ateneo, y todos sin excepcion son dignos de aprecio y de aplauso. No hay para qué establecer semejantes preferencias, sin duda alguna; mas en todo caso, no seria á mí sino al Ateneo entero y al público á quien competeria establecerlas. Mi intento ha sido, por tanto, señalar sólo el especial interés que ciertas materias despiertan aquí hoy por su íntima conexion con las actuales preocupaciones del espíritu humano.

Mas hay ciertamente otras materias de antiguo y permanente interés, que ahora tambien lo conservan grande, como la *Filosofía de la historia* ó los *Estudios económicos*, en general; y las lecciones sobre *Cristo y la civilización*, y sobre el *Orígen y antigüedad del hombre*: asunto este último muy próximamente relacionado con las más oscuras cuestiones contemporáneas. Los estudios de grave y profunda erudicion y alta crítica, han merecido aquí igualmente singular atencion en el pasado año, durante el cual se explicaron sábiamente la historia social, civil, política y religiosa de los judíos de España y Portugal, la literaria de los árabes españoles

y la de la elocuencia cristiana en los primeros tiempos, y continuaron poniéndose al vulgar alcance las oraciones políticas del mayor, sin duda, de los oradores helénicos. La moderna realización de una empresa acometida en los primeros días de la historia, y nunca del todo abandonada, aunque muchos reputasen su completa realización quimérica, (y ya comprendereis, señores, que me refiero á la apertura del Istmo de Suez;) ha ofrecido también este año interesante asunto á las nocturnas conferencias del Ateneo, habiéndolo tomado á su cargo varias ilustradas personas que han estado en el Canal y en Egipto, y alguna que, sin estar, parece que ha estado. Las noticias y observaciones históricas, literarias, artísticas, por un lado, y por otro geológicas, botánicas, zoológicas, económicas, en fin, y comerciales, con tal ocasion expuestas en esta cátedra, han sido tantas y de tal precio, que por sí solas bastarian para dar estimacion á un año académico, en cualquiera otro establecimiento científico.

El Egipto, verdadero centro de la historia antigua, y que acaso esté también destinado á serlo de la lejana historia futura, puerta un día del Oriente civilizado para penetrar en la Europa bárbara, y puerta ahora de la sábia Europa para introducir su activo y fecundo espíritu en el inmóvil y hoy seco Oriente, ha sido concienzudamente estudiado bajo todos conceptos; y lo ha sido aquí por vez primera en España: que nosotros, distraídos en discordias continuas, solemos prestar escasa atención á las cosas extrañas más interesantes, si están un tanto apartadas ó requieren laboriosas investigaciones. Pero en realidad, señores, que la excepcion que

se ha hecho la merecia el Egipto, cuya historia remotísima, cuya topografía, cuyos monumentos forman parte integrante de la propia patria en todos los países cultos. No pertenece el Sinai propia y únicamente á los confines de Asia y África, ni corresponde sólo Moysés á los anales egipcios. Y hoy mismo, en los nuevos veneros de riqueza que abre el Canal de Suez para el Egipto, á todas las naciones civilizadas ha de caberles tambien parte, por más que les corresponda al fin mucha mayor que á las otras, á las que tristes y desalentadas ahora, pueblan, como España puebla, las hermosas riberas del Mediterráneo.

Por último, señores: el estudio de las lenguas italiana, francesa, inglesa, alemana, sanskrita, de la contabilidad general y de la taquigrafía, utilísimos elementos de actividad, de trabajo, de universal progreso, ha sido tambien facilitado al público este año, con su asiduidad y generosidad habituales, por los dignos profesores del Ateneo. ¿Pueden demostrarse con mayor evidencia que está todo esto demostrando, las ventajas de una asociacion libre, cuando por entero se halla consagrada al bien, como la nuestra, y no abriga otra aspiracion que la de realizarlo?

Pues si hiciese falta con tal propósito juntar algo á la sencilla y por sí sola elocuente relacion de nuestras tareas profesoriales, todavia podremos añadir, que no toda la vida intelectual del Ateneo está encerrada en estas Cátedras, sino que se manifiesta con igual energía en sus Secciones; los debates de las cuales carecen por nuestro Reglamento de carácter público. Sólo esta prescripcion, oportuna y justísima, impide que me extienda tambien algun tanto acerca de la importancia y utilidad

de los temas discutidos durante el año anterior; pero la verdad es, señores, que para que una y otra se adivinen basta apuntarlos. Acaso, ¿hay nadie que ignore el sumo interés que actualmente encierra la determinación de los caracteres distintivos de las razas latina y germánica, de las causas de su oposición histórica y del verdadero influjo y efectos de la idea católica en la latina? ¿Cabe que haya quien desconozca tampoco la conveniencia, no ya sólo de explicar en la Cátedra, sino de discutir y esclarecer también en las Secciones, la, por su índole, primordial cuestión del origen, naturaleza y antigüedad del hombre? ¿Ni quién, por último, ha de negar ya á estas horas que urge estudiar profundamente la transformación que ha sufrido la propiedad inmueble, á poder de las revoluciones modernas, si es ó nó conforme transformación semejante al ideal del derecho, y la influencia que ella ha de ejercer en el porvenir de las clases menesterosas? Las Secciones, pues, al discutir con profundidad tales temas, llenaron cumplidamente el objeto de su institución reglamentaria, mostrándose dignas de ser hermanas de las públicas Cátedras del Ateneo; así como éstas, por su parte, han dejado satisfechos los deseos y esperanzas del antiguo y perseverante Establecimiento que las sustenta.

Y voy á concluir, señores, porque sobradamente he dilatado ya este Discurso; mas no ha de ser sin rogaros á todos, profesores, sócios y asistentes á este salon, que no contentos con los timbres hasta aquí ganados, redobleis, si posible es, la atención y los esfuerzos, así en el inmediato como en los cursos sucesivos.

Precisamente ahora, cual siempre que sobrevienen

grandes contrastes de ideas y permanente antagonismo y confusión en los hechos, comienza á apoderarse de muchos, con fines contradictorios sin duda alguna, el deseo de las rápidas satisfacciones que á toda convicción, mala ó buena, ofrece la fuerza. No ya sólo los ánimos por genial índole, ó por adquirido fanatismo inquietos, sino aquellos otros ordinariamente bien hallados y pacíficos, que prefieren el reposo á todo lo demás del universo, en gran parte esperan, apetecen y más ó menos calladamente solicitan, ora del poder orgánico del Estado, ora del indisciplinado poder de sus elementos individuales, alguna de aquellas sentencias, por de pronto al ménos inapelables, con que suele la fuerza cortar los enmarañados nudos de la historia. Y, en verdad, que no pienso especialmente en España, sino tanto ó más en las demás naciones latinas y algunas otras del mundo que se les asemejan, cuando anuncio este hecho latente.

Tal vez recordaréis, señores, haberme oído ya decir que no soy yo de aquellos que desconocen todo bien intrínseco en las obras de la fuerza; ántes, por el contrario, opino, que, á la larga, suelen providencialmente concertarse la fuerza y el derecho en su concepto más puro; y que á facilitar y realizar este concierto felicísimo deben privilegiadamente dedicarse cuantos medios y recursos posea la ciencia. Por de contado, que quien dice aquí fuerza, no dice sólo fuerza material, brutal, sino aquel conjunto de elementos morales y físicos que, combinados, producen bastante impulso para cambiar ó neutralizar los espontáneos movimientos sociales. Pero de todas suertes, señores, lo cierto es que no siempre se pone inmediatamente de parte del derecho la fuerza, ni cabe

evitar los abusos á que su ejercicio se presta. Por eso quizá sea la principal mision del arte, y aún de la misma ciencia política, el enseñar á domesticar y dirigir la fuerza, de manera que nunca ó casi nunca abandone al derecho; y que si de él se aparta á las veces, por irresistible imperio de las circunstancias, cuanto ántes vuelva á su seno, renovando incesantemente una alianza no tan sólo justa, sino indispensable. Por eso, asimismo, es tan cierto, que el cultivo de todas las ciencias en general, y singularmente de las morales y sociales, donde recoge su inspiracion la política práctica, conviene y urge cual nunca en los periodos de historia, que, ó ya se rigen, ó parecen próximos á ser regidos por la soberanía de la fuerza. Únicamente el imparcial, concienzudo y tranquilo estudio de los problemas sociales, en toda su profundidad y extension, á favor de las esperanzas de progreso pacífico que engendra, puede poner algun dique en ocasiones tales, á la desatada corriente que arrastra al hombre á olvidar el derecho por el poder, buscando en la sola eficacia del segundo el bien comun; y ese estudio mismo, puede evitar tambien que, si ha de desatar al cabo los nudos la fuerza, quede por poco ó mucho tiempo, entregada á la direccion del error y del mal.

Los hombres que en el difícil comercio de las ideas hemos empleado y gastado ya lo mejor de la vida, no sin dolor naturalmente, ó vemos ó tememos ver llegar esos dias tormentosos en que recogen ellas el vuelo, y se retiran y esconden, para dejar á la fuerza libre el campo. No hay que olvidar, sin embargo, que las ideas que tengan virtud propia, porque sean destellos de la verdad absoluta y eterna, permanecerán vivas; y que

tarde ó temprano, han de imponerse á los acontecimientos, por terribles ó por oscuros que sean. Estudiemos, meditemos, discutamos hoy, por tanto, sin temeridad ni desaliento, en este recinto sereno y neutral. Y cuando ménos, señores, no nos faltará una satisfacción dulcísima, ni siempre, ni en todas partes lograda en estos tiempos difíciles: la satisfacción de hacer algun bien positivo. Que aquí, al fin y al cabo, nunca han de ser de todo punto ociosos nuestros esfuerzos, ni enteramente estériles nuestros sacrificios, ni perdidas todas las horas que al placer y al sueño robemos, para consagrarlas con desinterés á la humanidad y á la patria.

He dicho.